

Serra, Fray Juan de Santa Gertrudis (1724-1799)

Maravillas de la Naturaleza (c. 1775)

Nosotros nos pusimos a lavar, y ya después el Padre Fr. Gil, aragonés, se retiró tras de un árbol para hacer aguas, y halla una culebra diforme enroscada y dormida. Con el susto se retiró y avisó a un arriero, el cual de un palazo la mató. Tendría ella 3 varas y del tamaño del brazo de gorda. Sobre la cabeza tenía un plumache de pelo, y la llaman tochina. Allí junto al rancho había más de veinte pasos de tierra que eran todo hormigueros. La pusieron encima, y al instante salieron millones de hormigas, y se la comieron, tanto que por la mañana ya no había más que la calavera seca.

.....

El caballero había mandado bestias, y fui con un mozo asturiano llamado Juan, que después en Lima tomó nuestro hábito para lego. Volvimos a pasar la Magdalena, y a las 3 leguas en una pampa está la hacienda. Había yo reparado en varias partes unos mogotes a modo de columnas de unas 3 varas de largo, y de grueso poco más que el cuerpo de un hombre. Aquí como había muchísimas pregunté a qué fin plantaban aquellas columnas, y me dijeron: Padre, estos son comejenes. Comején llaman a unas hormigas blancas poco menos que una mosca. Estos animalejos se comen los palos podridos y estas columnas son los nidos que ellas hacen y en cada uno hay millones. Lo fabrican ellas de un barro muy fino del cual se vale la gente culta para enlucir las paredes de las casas.

.....

Hay también muchísimas culebras, y todas venenosas. Hay muchos tigres, y de estos hay de dos especies: los unos son como los que dejo apuntando en Mompós; los otros se llaman tigre hormiguero. Es como un galgo con las pintas de tigre. No hace daño alguno; tiene la boca muy larga y se mantiene de comer hormigas. Agáchase él en los hormigueros y saca media vara de lengua: se le pegan a ella las hormigas, que hay muchísimas, y él

entonces se las engulle, y vuelve a sacar la lengua para más; y así siempre vive él en los hormigueros, que hay de tan grandes, que a veces se camina más de 100 pasos por encima del hormiguero todo.

Hay también ratones de los que dejo anotados, Cáp. III, tan grandes como cabritos. Hay unos árboles por estas serranías, que todos los años largan la cáscara y crían de nuevo. Se hace él muy alto, sin rama alguna. Arriba cría su copa muy frondosa con unas hojas como la palma de la mano; pero todas dobladas por en medio, que forman unas bolsitas, y estos son los nidos de unas hormigas que hay muy coloradas, y tan malas que su picadura dura su dolor 24 horas como la picadura del alacrán. No hay medio de que ningún indio, por más que se lo manden, que quiera ir a cortar uno de estos árboles, que los llaman guayabo cimarrón; porque al primer hachazo o machetazo que se da al tronco, se le caen una partida de ellas, y con los piquetes que dan, lo harán huir más que de prisa, como me sucedió a mí, que sin saberlo, fui a cortar uno. Yo no le di más que tres golpes, y al tercero ya me hubieron dado bastante picotazo en el cuello con tal dolor, que fue preciso arrojar a toda prisa capilla y hábito, si no me matan; y sin embargo de haberme aplicado al instante tabaco mascado, me duró 24 horas el dolor, que parecía estar todo mi cuerpo envenenado.

.....

En Mocoa hay una plaga de unas hormiguitas coloradas, tan chicas como serán las ordinarias, cuando nacen. Un mestizo llamado don Jacinto Portilla, que era el que gobernaba en Mocoa, nos hospedó en su casa, y el otro día de mañana nos advirtió que si traíamos algo comestible, que lo registrásemos, porque había muchas hormigas. Se registraron los sapos donde traíamos la provisión de carne, bizcochos, queso y dulce, y se halló todo apestado de estas hormiguitas. Había millones de millones que jamás, aunque he visto bastantes, pero nunca tantas juntas. Don Jacinto tomó al instante los sapos y los puso en una barbacoa que tenía sobre el fogón, y metió en la candela unas ramas verdes, y dentro de medio cuarto de hora con el humo se fueron todas y ninguna parecía.

.....

En uno de estos días arrimamos al monte a comer. Había llovido toda la mañana, y al saltar a tierra vi que los indios con el machete empezaron a dar machetazos a un tolondrón que estaba colgado de una rama. Ello parecía un barril puntiagudo de cada lado. Ellos lo hicieron pedazos y vi que dentro estaba todo esponjado. Prendieron candela, y arde mejor que carbón. Díjome Manuel Chica: Este es nido viejo de hormigas. Hay por aquí unas hormigas que fabrican estos nidos. A la parte de afuera tenía su embetunado para que no lo pase el agua. Y si hubiera sido nido nuevo con hormigas era preciso irnos luego de aquí, porque al romperles el nido salen todas a la defensa con tal tenacidad, que más que sea un oso, o tigre o culebra que hallen se la comen; porque en sólo un nido hay millones de millones. Yo pregunté de qué fabricarían aquellos nidos, viendo que ardía mejor que carbón, y me dijo que de los árboles podridos lo fabrican mixturando algunos ingredientes más, que les enseñó la naturaleza. Entonces conocí que aquel carbón de piedra que suelen traer los navíos ingleses y holandeses no era piedra tal, sino la materia de estos nidos molida y vuelta a cuajar con agua.

Yo reparé que el indio empezó a tostar aquellas hormigas blancas, y pensando que las quería comer, pregunté a Manuel Chica, el cual me dijo: Las tuesta para que no se le pierdan. Hay en el río un pescadito muy chico como una sardinita, él muy sabroso y lo llaman zambito. Todas las indias de todas las naciones, desde que se sienten alguna preñada hasta que ha parido, no comen otra cosa sino zambitos, y los maridos tienen obligación de mantenerlas de ello. Para coger este pescadito zambito es que aprecian ellos tanto las agujas, porque de ellas hacen anzuelos para ello y con estas hormigas es que aparejan el anzuelo para cogerlo. Y de no, se valen del barbasco, que es una hierba que hay por allí. Esta la machacan y echan, en los remansos del río este jugo; y con él se emborracha el pescado, y así lo cogen con facilidad, pero queda algo desabrido; y si después la criatura muere, la mujer da la culpa al marido, porque le dio zambitos embarbascados, a que atribuye la muerte del guagua.

.....

Es aquella tierra muy insulsa, de bichos y animales dañinos y venenosos. Todo lo que es comida es preciso que se guarde al humo, porque de no, todo lo que es carne y pescado, dentro de 24 horas, con la humedad queda corrupto, y lleno de gusanos, y lo demás que no se corrompe se lo comen las hormigas, que hay millones de millones. Hay muchísimos cienpiés, y muchísimas arañas, y de éstas hay unas que de noche van a picar en los labios con tal sutileza que no se siente; y de la picadura quedan los labios todos apostemados de una sarna maligna. A mí me picó una y la sarna me duró 3 meses. Hay otras negras; hay peludas que crían una concha, y son del tamaño de un cangrejo grande, y entre las piernas son coloradas, y su picadura es mortal. Tienen unos colmillos del tamaño de media aguja de bastante grueso. Sus colmillos son contra dolor de muelas, picando con él la encía hasta sacar sangre. Yo tuve uno engastado en plata, y en Quito me lo quitó una marquesa. Y en cierta ocasión me hallé a una de estas arañas bajo de la almohada, y de ésta era dicho colmillo. Mi fortuna fue que aquella noche vinieron al rancho donde yo dormía las hormigas que llaman limpiadoras y se la comieron, que cuando yo por la mañana levanté la cama, la encontré muerta y vacía, sólo su cáscara o concha.

Estas hormigas que llaman limpiadoras es una especie de hormiga negra chiquita. Andan ellas juntas que son muchas, y llevan un ancho de 10 o 12 varas de cuadro, formando líneas a 2 vientos, tan arregladas, que en un llano limpio como yo las he visto como diré en 2 pasajes en el Segundo Tomo, forman un pedazo de red esparcida, formados aquellos cuadritos espesos perfectamente. Ellas no comen ninguna cosa de comida, si sólo bichos y cucarachas, culebras y aún todo animal viviente. Y eran capaces de comerse a un hombre también, si quería porfiar a no huir corriendo. Es esta cosa que la he visto varias veces. Ellas pues llegan a una casa. La gente al instante se huye. Cuanto hay en la casa de comer está seguro, que ellas no tocan nada. Lo que hacen: entre las hojas, cañas y cobija todo lo andan, y cuantos bichos, arañas, culebras, etc. hay, todo se lo comen, y queda la casa del todo limpia, y por esto las llaman las limpiadoras, la gente hasta que se van, no van a la casa, y cuando van la hallan limpia.

.....

Estaba este trapiche fundado casi al pie de La Mesa de Juan Díaz. Esta mesa es un empinado cerro muy eminente, que arriba forma un llano que tendrá una milla de largo, y en proporción de ancho. En años anteriores lo compró al rey un español llamado Juan Díaz, y fundó en él una grande hacienda, y de esto tomó la denominación de La Mesa de Juan Díaz. Es tierra templada y de todos frutos y semillas prueban en él. Tuvo pues este hombre una ventura, pero no la supo conservar, y Dios que se la dio, se la quitó después. Fue el caso que uno de los negros esclavos que tenía encontró dentro de un pedazo de monte muchos montoncitos de oro en polvo, que de sus nidos, en lugar de tierra, sacaban las hormigas que vivían en todo aquel monte. El negro avisó a su amo, el cual fue con el negro allá. A lo que vio tanta riqueza, encargó el secreto al negro, y desde aquel día empezó con todo sigilo a acarrearlo a su casa entre los dos. Ya que tuvo el oro en su poder, se puso muy soberbio, y viendo que las hormigas siempre proseguían en volver a sacar más oro, se figuró que habría mucho, y receloso que su negro no descubriese a nadie aquel secreto, un día estando con él en el monte, mató al negro. Pero al instante todo el oro de los hormigueros, y el que tenía ya en su casa, se volvió estiércol de hormigas, y él, de pesar, dentro de breve tiempo, murió impenitente.

.....

Al cabo de un rato cesó el aguacero, sacamos candela y secamos la ropa. Del pescado asado compusimos para cenar. Sólo faltaba pasto para las bestias, mas mi mozo me dijo que en secándose la quebrada de Mojabobos, dentro de la misma quebrada había pedazos de gramadales y hierba para las bestias, y así fue. Se secó la quebrada, y allí se pusieron al pasto y se atrancaron con unos palos para que no se salieran. Ya que cenamos, compuse mi cama y me eché a dormir. Serían las diez de la noche cuando vinieron al rancho las hormigas limpiadoras que noto Tomo Primero, capítulo VII. Yo que sentí tanto hormiguero en mi cuerpo, díjele al mozo: Mira, trae luz, que aquí no sé qué hay. Él me responde: Padre, esto serán hormigas limpiadoras que han venido; no hay otro remedio, sino huir. Yo ya había oído decir lo que hacían, y lo tenía por chanza; hasta este punto no las había visto, pero esta noche lo vi por la experiencia.

Yo viendo que estaba ya lleno de ellas, no tuve otro remedio sino a toda prisa tomar la hamaca, y quitarme y dejar allí toda la

ropa, y ya limpio de ellas irme desnudo monte adentro, cosa de cien pasos, y allí colgar entre dos árboles la hamaca, y allí me eché y mi mozo también se fue monte adentro a dormir. Serían las tres de la madrugada cuando ellas ya estuvieron otra vez conmigo, y por las cuerdas de la hamaca se vinieron a mí. Yo dormía lindamente, pero los picotazos que me daban me despertaron, y a toda prisa descolgué y sacudí la hamaca, y me sacudí de ellas a mí, y me volví a internar más monte adentro. Volví a colgar la hamaca, y me volví a echar. Ya yo no me pude volver a dormir. Al empezar a rayar el día ya las hormigas estaban conmigo entrándose por las cuerdas de la hamaca. Yo a toda prisa la desaté y sacudí y me fui al rancho y lo hallé sin una hormiga. Me vestí y llamé al mozo, el cual vino y yo le dije que entretanto que yo aparejaba para almorzar, que se fuese a traer las bestias.

.....

Díjele al indio que se llevase el caballo, y que en la quebrada de Mojabobos lo pusiera al pasto, y que lo asegurase bien entretanto que yo guisaba para cenar. Puse tasajo a la olla y lo cocí con arroz. En lo interim me fui a deshacer la cama de la noche, y bajo de la cabecera una araña negra del tamaño de un cangrejo grande y entre las piernas era colorada. Yo tomé un buen susto sólo de verlo, y viendo que no se movía, tomé una vara y la fui a urgar y no se movió. Aguardé a mi mozo y se la enseñé, y averiguamos que no sólo estaba muerta, sí que también vacía, y sólo la concha había quedado entera, porque las hormigas limpiadoras la noche antes la toparon y se la comieron. Tenía ella dos colmillos largos y arqueados como una culebra, y me dijo el mozo que su picadura era mortal, y su veneno tan activo, que dentro de una hora moría al que picaba tal araña. Entonces di gracias a Dios que había mandado a las hormigas limpiadoras aquella noche, que de no, pudiera haberme picado y me iba a la otra vida con su veneno. Díjome el mozo que sus colmillos eran muy apreciados, porque era contra dolor de muela, picado hasta hacer sangre en la encía de la muela que dolía. Yo me los llevé y el uno lo perdí. El otro lo mandé engastar en plata, y en la ciudad de Quito lo experimenté con una señora perseguida por este dolor. Ella a lo que experimentó el efecto, no me lo quiso volver, y se quedó con él.

.....

Yo y el indio nos arranchamos al lado de una quebrada en que había buen pasto, y allí pasamos la noche. Yo reparé que había por

allí varios montoncitos de piedras del alto y redondo de un sombrero poco más, y como no sabía lo que era, fui y di a uno un puntapié, y al instante salieron millones de millones de hormigas que todo aquel paraje infestaron, y nos fue preciso con manojos de paja que allí había bastante quemar todo aquello. Estos nidos de hormigas es cosa singular, porque ellas dentro tienen hecho su nido a modo de colmena, y por encima de las piedras que sobremontonan, a más de ponerlas muy juntas, les dan una mano de betún, para cuando llueve no pase adentro el agua, y el nido no taladra la superficie de la tierra.